

que el lector logre descubrir algo más veraz, o más terrible, o más hondo, que la realidad. Es decir, algo que represente más que la realidad, tal como se nos da, que sea más intenso que ella. Y desde el punto de vista humano, trato de buscar una respuesta al conflicto entre mi manera de ser y un medio con el cual no estoy de acuerdo. Tengo, también, que hablar de mi interés por la literatura satánica, por Blake, por Sade...

—¿Y por el Huysmans que nos proporcionó Blasco Ibáñez en «Prometeo»?

C. BONALD.—*Por Huysmans también. Y me he impuesto llevar a cabo muchos ejercicios dialécticos y de saneamiento ideológico. Escribir es una empresa difícil.*

—¿La literatura sirve para transformar el mundo o cambiar la vida?

C. BONALD.—*Para lo que sirve, y ya es bastante, es para transformar la realidad. No creo que valga para cambiar la sociedad. Lo único literariamente válido que se produce en una revolución es la revolución que se opera estéticamente en la literatura.*

■ EDUARDO G. RICO.

«¡Oh, qué bonita es la guerra!»

En la muy valiosa colección teatral de «Cuadernos para el Diálogo» acaban de publicar el texto de uno de los espectáculos claves del teatro europeo de años atrás. Acaso el problema esté en que el texto, sobre todo para el lector español, sólo puede dar una leve imagen de lo que fue sobre los escenarios este espectáculo del Theatre Workshop, dirigido por Joan Littlewood. La literatura es sólo un «soporte» de lo que una extraordinaria compañía creaba para un público social e históricamente muy preciso. Las canciones, la personalidad de los actores, el ritmo desenfadado del espectáculo eran los detonantes de una relación irónica, a través de la cual se atacaba la guerra y el militarismo bajo la dulce o falsa-

mente dulce apariencia de una «bonita» comedia musical. Recuerdo que en los mismos pasillos del teatro empezaba ya el espectáculo con una exposición de los carteles bélicos del 14-18, cruelmente análogos en las dos partes contendientes. El público —el teatro de la Littlewood estaba en las afueras de Londres, en un barrio humildísimo— aportaba una disposición previa, que era la que alimentaba constantemente el brillantísimo juego teatral de la Littlewood. Las canciones sobre las viejas enfermeras o las caritativas damas de la retaguardia, las noticias sobre las batallas, la terminología de las arengas, todo formaba parte de una memoria colectiva, que veía iluminado el viejo mundo de la guerra del 14 con una luz nueva y, dentro de su aparente inocencia, terriblemente crítica. El espectáculo, en suma, respondía, con extraordinario talento, a la voluntad de «entretener a todo el público», de «ofrecerle las formas populares», de conquistarlo con los mejores elementos del «music-hall», y, al mismo tiempo, de empujarlo a la actitud crítica.

En un principio, los del Workshop parecían reacios a autorizar la edición o representación de la obra en otros países, por cuanto entendían que lo procedente era que cada cual buscara las equivalencias dentro de la historia de su patria. De hecho, tíbicamente, así se hizo en algunos países. Y el propio Workshop, cuando participó en el Teatro de las Naciones, se sintió obligado a introducir algunas modificaciones perfectamente conectadas con la figura de De Gaulle y la «grandeur» nacionalista.

Ahora, «Cuadernos para el Diálogo» nos ha hecho el gran servicio de publicar la versión inglesa. Es fundamental, por ejemplo, que el lector comprenda que más allá del texto de las canciones cuenta la significación que éstas pudieran tener en un momento dentro de la vida inglesa. Como esto no basta, porque esa significación emocional nos es ajena, la lectura de la obra sólo puede llevarnos a la percepción de un pequeño porcentaje de lo que fue en su día el espectáculo, cosa totalmente natural en los casos en que, como en éste, el teatro quiere ser bastante más que su literatura. ■ J. M.

Un libro sobre Buñuel

De Buñuel siguen sin verse la mayor parte de sus películas. Y ha sido sólo en los dos últimos años cuando algunas —muy pocas— han tenido acceso a las pantallas españolas de arte y ensayo. Durante mucho tiempo, Buñuel fue el gran desconocido. Y cualquier español que quisiera hacer cine se acordaba de que había un español «que vivía fuera» y que hacía un cine más español del que se podía hacer aquí dentro, y que, además, había sido aceptado en todo el mundo como un cineasta genial. Las dificultades de acceso a la profesión y luego las dificultades —aún mayores— de hacer un cine personal y libre obligaban siempre a acordarse del español legendario, a intentar imitarle dentro de lo posible y dentro también de las noticias que de él se tuvieran. Se necesitaba encontrar su fórmula, su estilo, su españolismo... Buñuel se transformó en un mito. Y de Buñuel hablaban los privilegiados que conocían

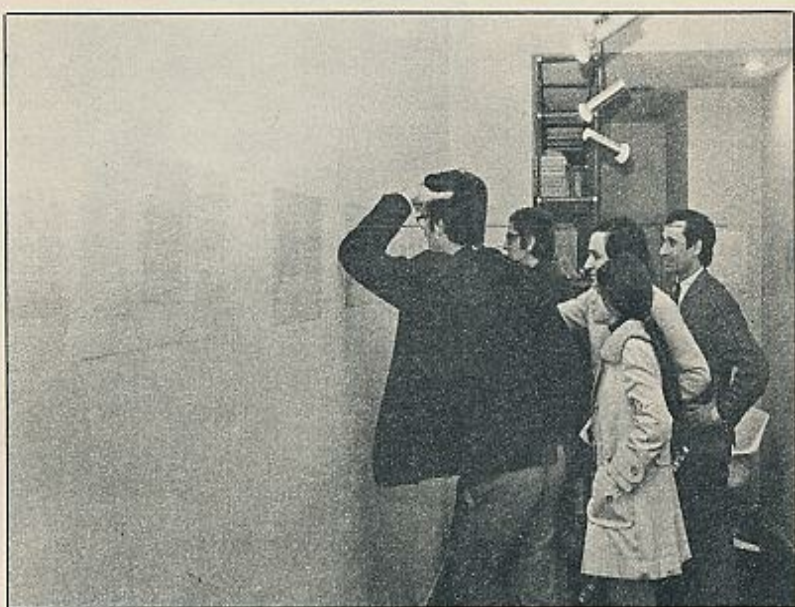
algunas de sus películas, y Buñuel era la imagen maravillosa de la libertad y la genialidad que triunfaba en los festivales extranjeros y que hacía un cine español más auténtico del que cualquier español podía hacer en España.

Al estrenarse algunas de sus películas, con muchos años de retraso y sin orden alguno, Buñuel ha seguido siendo (justificadamente) el gran genio del cine. Por otro lado, la versión oficial ha sabido encontrar una fórmula que permite entroncar en la ortodoxia el anarquista cine de Buñuel.

Un libro sobre Buñuel, editado en España, como el de Juan Francisco Aranda («Luis Buñuel, biografía crítica», Editorial Lumen, Palabra en el Tiempo) sólo puede ser importante si es objetivo. Si aporta al conocimiento de Buñuel una serie de datos que no se tienen y que impiden una total comprensión de su obra. Si no se desmitifica su figura concretándola en unas circunstancias determinadas, «humanizándola».

El libro de Aranda tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera trata de contar su vida, pero a partir de anécdotas, citas, cartas, entrevistas y películas. De esta manera, la narración se objetiva y alcanza, al mismo tiempo, una nueva dimensión al ofrecer un testimonio de otros amigos o compañeros de Buñuel. La segunda es una antología de textos de Buñuel, en su mayoría inéditos, que va desde las críticas cinematográficas a los artículos de fondo, pasando por los cuentos, narraciones, notas de humor, sinopsis y guiones no acabados. Al final, Aranda cierra su libro con una filmografía exhaustiva, única por el momento.

Con el lógico apasionamiento de un incondicional, y quizá sin un análisis riguroso de su obra, el libro de Juan Francisco Aranda es, a pesar de ello, el primer paso importante al conocimiento de Buñuel que entre nosotros se da. La primera ocasión de acercarse a nuestra cultura la legendaria figura del aragonés. ■ DIEGO GALAN.



Exposición Paradiso

La prosa de José Lezama Lima tiene realmente algo de pictórico. Es una prosa para paladear, como se paladea un verso de Góngora, y su novela «Paradiso» produciría en el lector un empaque literario si se leyera de corrido, como quien lee a Alejandro Dumas. En este sentido, el director de la Galería Grises, de Bilbao, José Luis Merino, ha tenido un gran acierto al montar una exposición de textos de la novela «Paradiso». Todo ha consistido en colocar en las paredes de la galería transcripciones de páginas seleccionadas de la obra en el original y en su traducción vascoense. El visitante se detiene ante el «cuadro» y lo lee lentamente, lo mira más que lo lee, saboreando el estilo del escritor cubano. Así, José Lezama Lima y su novela «Paradiso», todavía no publicada en España, han sido objeto en Bilbao de un original homenaje.